

RITUALES FUNERARIOS DE CAMPANIA, DE LOS SAMNITAS Y DE LOS IBEROS

María Paz García-Gelabert
José María Blázquez

Los rituales funerarios de los habitantes protohistóricos de Italia, concretamente de Campania, del Samnio, y de la Península Ibérica, con mayor énfasis entre éstos últimos los de los iberos, presentan similitudes y diferencias, más similitudes que diferencias. Tan sólo se estudian en este trabajo algunos rituales que se repiten en ambas penínsulas y otros que son, de momento, únicos en Italia. Ha de tenerse en cuenta que en el desarrollo de la literatura de esta comunicación nos movemos en la escena de unas civilizaciones en su mayoría mediterráneas, con aproximadamente igual cronología, que con mayor o menor grado de adelanto o atraso, y con mayor o menor grado de distancia geográfica, tienden a una cierta homogeneidad. Y así determinados ritos funerarios son parecidos en todo o en gran parte del Mediterráneo —ampliable a las riberas del Tirreno, Adriático, Egeo—, uniformizados por la propia dinámica interna de desarrollo, y por los estrechos contactos humanos existentes, bien directos, bien indirectos, a través de intermediarios, navegantes, comerciantes, viajeros, mercenarios. Lo que no alcanzamos es a llegar a inferir si existiendo una similitud en los ritos que trabajamos —una mínima parte de los celebrados en los funerales—, ello se sitúa en relación con una similitud en las creencias religiosas, a no ser que dichos ritos sean en algunas tribus, si no en todas, el reflejo laico en la muerte de la sociedad guerrera a la que pertenecía el difunto receptor de los ritos en cuestión. De una forma u otra, y ante la imposibilidad de llegar más allá en el conocimiento los denominamos en el discurso rituales funerarios.

RITUALES EN TRIBUS DE ITALIA

En Campania eran ejecutados combates con ocasión del sepelio de personas pertenecientes a los estratos sociales más privilegiados. Y tam-

bién eran figurados en las tumbas, bien por medio de frescos, bien a través de losas pintadas. ¿Por qué? ¿tal vez como recordatorio de los celebrados durante las honras fúnebres?, ¿tal vez, y esta hipótesis es la que menos convence, sencillamente como adorno de las paredes bajo la óptica de la estética de aquellos tiempos?, ¿tal vez para que el difunto los contemplara y/o se sirviera de ellos en el Más Allá?, ¿tal vez para glorificar la estirpe?, otros interrogantes podrían señalarse, mas lo único cierto es que no se sabe con certeza la misión de los grafismos. Sea como fuere, el caso es que los vemos decorando las paredes de las dichas tumbas como en una de Capua, datada entre los años 330-320 a.C.¹, y en una de *Paestum*, datada en un espacio de tiempo impreciso del s. IV a.C.²; en las escenas de la última parejas de combatientes se hieren duramente, en extremidades y pecho —algunos van totalmente desnudos, otros cubiertos con un corto calzón, pero todos protegidos con casco y escudo redondo fuertemente embrazado³—. Con referencia a las pinturas de las tumbas de *Paestum* los combates entre varones son frecuentes, y sin embargo las escenas de lucha libre, propiamente dichas, no lo son tanto, sólo tres; en cambio las de pugilato son más comunes, veintidós, y en un caso conviven ambas⁴; las escenas de duelo son veintitrés⁵. En Etruria parece que había rituales fúnebres más o menos semejantes —serían los lejanos precedentes de los combates gladiatorios, que más adelante adopta Roma—, como se desprende de la pintura de la *tumba de los Augures* de Tarquinia⁶, y de la pintura de la *tumba de las Olimpiadas*, de entre los años 520-500 a.C.⁷

Las carreras de carros se representan también con cierta frecuencia en los sepulcros de *Paestum*, que se celebrarían simultáneas, o antes o

¹ Benassi (2001), pp. 35-36, c. 11, fig. 24.

² Bianchi Bandinelli, Giuliano (1974), p. 254, fig. 268.

³ Bianchi Bandinelli, Giuliano (1974), p. 238, fig. 273. Pontrandolfo, Rouveret (1992), pp. 91, 4; 109, 2; 110, 1; 111, 2; 120, 1, 2; 211, 4; 135, 2-4; 136, 1; 137, 1; 138, 1; 145; 149, 2; 152; 157, 4; 158; 187; 188, 2; 190; 198, 2; 199, 4; 202, 1; 203. Son todas tumbas pertenecientes a la necrópolis de Andrinolo. Las siguientes necrópolis y tumbas igualmente están decoradas con pinturas con la temática que nos ocupa: Laghetto: pp. 208, 2; 210; 212; 216, 2; 218; 219. Arcioni: pp. 225, 1; 226, 1; 227, 3; 233. Contrada Vecchia di Agropoli: p. 147. Gando: pp. 251, 2; 259, 2-4; 260, 1. Vannullo: pp. 279; 281; 296-297, 3.

⁴ Pontrandolfo, Rouveret (1992), pp. 52-55.

⁵ Pontrandolfo, Rouveret (1992), pp. 55-59.

⁶ Steingraber (1985), p. 289, láms., 19, 20-22.

⁷ Steingraber (1985), p. 333, lám. 122.

después del desarrollo de los combates⁸. Y así las carreras de bigas están documentadas en dieciséis pinturas⁹ y las de cuadrigas en nueve¹⁰. En Etruria las carreras de carros hallanse en las paredes de la *tumba de las Olimpiadas*¹¹ y en las de las *Bigas*, en torno al año 490 a.C.¹²

Otros motivos consisten en jinetes, concretamente simbolizando la vuelta del guerrero, cuyo carácter específico está realzado por la presencia de ofrendas y granadas, símbolo griego de inmortalidad¹³. En las pinturas de *Paestum* las losas decoradas con la vuelta del guerrero son las más numerosas, y se fechan en el s. IV a.C. Este tema se repite en las sepulturas de Nola. No es posible encontrar un patrón generalizado. En las pinturas de *Paestum* parecen reelaborarse escenas de libación mezcladas con las de retornos triunfales. Las figuras del jinete son más bien raras, y parecen remontarse a diseños procedentes del mundo griego a partir del periodo arcaico. En lugares de Italia meridional el esquema fue adoptado pronto, pero con variantes en relación a que a veces los guerreros carecen de armas, otras no. Es reconocida una pluralidad de jinetes con corazas de tres discos, característica local. Los paralelos con las figuras de la cerámica griega o campania son grandes¹⁴. En tumbas de Capua se repiten las mismas composiciones funerarias en relación a la vuelta del guerrero¹⁵. Como indica R. Benassi¹⁶ el retorno del guerrero se fecha entre la mitad del s. IV y el año 320 a.C. La clase dirigente

⁸ Pontrandolfo, Rouveret (1992), pp. 102-103; 109, 1; 110, 3; 111, 4; 128, 4.

⁹ Pontrandolfo, Rouveret (1992), pp. 58-61.

¹⁰ Pontrandolfo, Rouveret (1992), pp. 61-62.

¹¹ Pontrandolfo, Rouveret (1992), p. 333, lám. 123.

¹² Steingräber (1985), pp. 295-297.

¹³ Pontrandolfo, Rouveret (1992), p. 92, jinete seguido de acompañante al que le recibe una dama; p. 94, 1,3, jinete con lanzas y bandera; pp. 118, 1, 119, 1, jinete con dos lanzas, bandera y granada a la espalda; p. 147, jinete seguido de dama con fuente de frutos; p. 153, 3-4, jinete ante crátera; pp. 162, 2, 163, 3, jinete seguido de varón delante de dama; p. 177, 2-3, dos jinetes entre columnas, uno a pie; pp. 198, 1, 199, 3, jinete con lanza, y una dama le ofrece un vaso; p. 209, la misma escena; también pp. 234, 1, 248, 1 con varón siguiendo a un caballo; p. 226, 2, jinete al galope. Las escenas especificadas se hallan en las tumbas de Andrinolo, Laghetto, Arcioni, Porta Aurea y Contrada Vecchia di Agropoli.

¹⁴ Pontrandolfo, Rouveret (1992), pp. 42-46.

¹⁵ Benassi (2001), pp. 22-23, figs. 4-5; 61-62, fig. 65; 195-196, con guerrero delante caído; 187-207.

¹⁶ Benassi (2001), p. 206.

campania recreó un modelo ideal, casi un icono, que sus representantes ostentan, en manera más o menos explícita: el jinete heroizado, solo o en el centro del homenaje de la comunidad a la que pertenece, elevado sobre la esfera humana, en una dimensión ya ultraterrena y casi semidivina. Se trata de una imagen fuertemente idealizada. R. Benassi¹⁷, acertadamente, indica que la idea de la vuelta del guerrero acogido por una dama tiene un doble significado: en un primer nivel refleja el proceso de reintegración del guerrero en la comunidad; y en un segundo de buen agüero por el gesto catárquico, como el de la libación. A una categoría ideológicamente superior, constituyen un acto de reconocimiento, por parte de la misma comunidad, de la transformación del guerrero en héroe y, por lo tanto, colocado en una categoría semidivina. Todo esto se evidencia más explícitamente cuando la dama porta un ramo o una corona de laurel, y más aún si lleva un vaso de libación.

Las escenas de cortejo (catorce), registradas en las tumbas de *Paestum*, de Capua, etc., tienden a representar al personaje sentado en un carro, tirado por mulas, que camina hacia la izquierda, precedido, generalmente, por un hombre a pie. Suelen preceder o seguir al cortejo otros personajes. En el carro se sientan viejos de barba y cabellos blancos, damas y alguna vez un joven. Este tipo de escena no tiene paralelos en el ámbito ibérico, además de las escenas, también situadas en las tumbas de las localidades citadas, del gineceo¹⁸, *prothesis*¹⁹, plañideras²⁰, danzarinas²¹ —frecuentes de igual modo en la pintura funeraria etrusca²²—, de muchachos²³, y del viaje al Más Allá²⁴, asunto este último muy querido por los etruscos²⁵. En cambio en tres pinturas de *Paestum* aparece la caza de la liebre²⁶, tema que encontraremos en el monumento fúnebre de *Obulco* (Porcuna, Jaén), en el que un cazador sostiene una liebre cap-

¹⁷ Benassi (2001), p. 195.

¹⁸ Pontrandolfo, Rouveret (1992), pp. 46-48.

¹⁹ Pontrandolfo, Rouveret (1992), pp. 48-50.

²⁰ Pontrandolfo, Rouveret (1992), pp. 52.

²¹ Pontrandolfo, Rouveret (1992), pp. 53.

²² Steingräber (1985), p. 310, lám. 70; 313, láms. 76, 78.

²³ Pontrandolfo, Rouveret (1992), p. 52.

²⁴ Pontrandolfo, Rouveret (1992), pp. 52-53.

²⁵ Reyt (1934).

²⁶ Pontrandolfo, Rouveret (1992), pp. 65-66.

turada²⁷. La caza es lugar común que tiene sentido funerario en toda la Antigüedad, porque es representada en sarcófagos, en pinturas, en esculturas, en relieves relacionados con la esfera fúnebre, aunque tal vez se deba su presencia a que está íntimamente relacionada con las actividades, lúdicas o de entrenamiento, de los hombres de guerra. Podrían citarse, además de las muestras arriba mencionadas, la caza del león en el llamado sarcófago de Alejandro Magno, procedente de Sidón, situado entre los años 325-311 a.C.²⁸; o la cacería de toro y jabalí de un sarcófago de Golgoi (Chipre), del segundo cuarto del s. V a.C.²⁹

El guerrero aislado se representó en Capua³⁰ en los últimos veinte años del s. IV a.C., abandonándose el tema con el paso al s. III a.C. En las pinturas de *Paestum* no aparece nunca el guerrero en solitario. Sí hay guerreros en solitario en la plástica funeraria de la Península Ibérica.

RITUALES EN TRIBUS DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

En la Península Ibérica con respecto a los posibles rituales referidos arriba para Italia, reflejados en la plástica, algunos son similares, otros, por lo menos en el nivel de nuestros conocimientos, no existieron. Detallamos a continuación rituales funerarios que han llegado hasta nuestros días merced, igualmente como en Italia, a las artes plásticas, y merced a ciertas, escasas, narraciones de escritores grecolatinos. Uno de los rituales es el de los combates. Y he ahí el relato de un funeral con luchas gladiatorias en el que participaron activamente los hispanos, aunque la iniciativa y los destinatarios son romanos. En este el caso del que P. Cornelio Escipión Africano organizó en *Cartago Nova* el año 206 a.C., después de haber vencido a los cartagineses, para honrar la memoria de Publio y Cneo Escipión, muertos en el año 211 a.C. (Liv., 25.33; 36.13). Ha de deducirse del mismo, que por el lujo de detalles y complejidad, deriva de otros más viejos, igualmente romanos, mas con idéntica finalidad; esta última afirmación es gratuita, porque hay que pensar que los enfrentamientos gladiatorios pudieron introducirse en Roma en el año 264 a.C., siendo cónsules Appio Claudio y Quinto Fulvio, durante los funerales de D. Junio Bruto. Su probable origen sería Etruria, de donde pasarían a Campania durante la época de dominación etrusca, y posteriormente a las regiones vecinas, el Lacio entre ellas, bien que en áreas

²⁷ González Navarrete (1987), pp. 127-130. Blázquez (1992), pp. 408, 410-411.

²⁸ Pollit (1989).

²⁹ Karageorghis (2000), pp. 204-206, fig. 331.

³⁰ Benassi (2001), p. 209, fig. 225.

guerreras como las expresadas pudieron surgir por sí mismos, sin más explicación que las características de la sociedad propia³¹. Y no obstante la relativa modernidad del funeral en cuestión, aludido en líneas superiores, consta entre los más antiguos conocidos. Livio (28. 21) lo describe así: «*Escipión (Africano), volvió a Cartago (Nova) para cumplir sus votos a los dioses y celebrar el espectáculo gladiatorio que había dispuesto en honor de su padre y de su tío difuntos. La actuación de los gladiadores no estuvo en manos de la clase de hombres que los empresarios suelen enfrentar sacándolos de los tablados de esclavos y libres que ponen en venta su sangre, sino que todo fue obra voluntaria y gratuita de quienes lucharon. Pues los unos fueron, en efecto, enviados por los régu-los para dar ejemplo del coraje innato de su pueblo; otros se brindaron a luchar para dar gusto al general; a otros los arrastró el afán de emulación y de lucha, a no rehuir ésta al provocar o ser provocados a ella. Algunos que no habían podido o querido zanjar sus diferencias en un pleito legal, tras ponerse de acuerdo en que el objeto de la disputa correspondiese al vencedor, dirimían el asunto con la espada. Hombres de linaje nada oscuro sino preclaro e ilustre, de nombres Corbis y Orsua, primos hermanos y aspirantes al principado del pueblo que llamaban Ibe, se comprometieron a disputárselo en un duelo. Corbis era el de más edad; el padre de Orsua había sido príncipe últimamente, tras heredar el principado a la muerte de un hermano mayor. Cuando Escipión trató de discutir con ellos el asunto y de calmar sus iras, ambos declararon haberse negado ya a los ruegos de sus parientes en el mismo sentido, y que no aceptarían a ningún juez de los hombres ni de los dioses si no era Marte... El mayor de los dos primos confiaba en su fuerza, el menor en su juventud, y cada uno de ellos prefería morir en el empeño, a vivir sometido a la autoridad del otro; de manera que al negarse ambos a desistir de su locura, ofrecieron al ejército un magnífico espectáculo, demostrando lo pernicioso que es el afán de poder entre los mortales. El mejor empleo de las armas y de la astucia del mayor superaron fácilmente a la fuerza bruta del más joven. Al espectáculo gladiatorio se sumaron juegos fúnebres en la medida en que los permitían los recursos de la provincia y el equipo de los cuarteles...» (traduc. A. Blanco). Es la primera mención, y casi la única, de combates de gladiadores con sentido funerario conocida en la Península Ibérica. Livio finaliza su párrafo afirmando que se añadieron juegos fúnebres, que podían ser pugilatos, danzas, carreras de carros, lanzamiento de jabalina o disco, etc., es decir con ligeras variantes a como los*

³¹ Pastor (2003), p. 255.

contemplamos, por citar un prototipo de funeral, leyendo en la *Iliada* (23. 260-895) las honras fúnebres ofrendadas a Patroclo.

¿Estos combates fueron introducidos en la Península Ibérica por P. Cornelio Escipión o entre las tribus peninsulares ya se celebraban? No deben buscarse precedentes en pueblos extranjeros. Afirmamos que existían, como propios de tribus en las que parece ser que todos los hombres capacitados, en tiempos de peligro, podían levantarse en armas, además de que la clase alta, en gran parte, estaba dedicaba, casi exclusivamente, al ejercicio de las armas; eso sí, conociendo, no intensamente, los mecanismos de tribus belicosas como las hispanas, con la estancia aquí de los romanos pudieron generalizarse o mejor, complejizarse más, como sería el caso de los combates y otras actividades de los hombres de armas en los funerales en honor de Viriato, cuya descripción por Apiano y Diodoro figura más abajo³². Verdaderamente la población masculina hispana estuvo en contacto estrecho con los soldados romanos —en la mayor parte de los casos a su pesar—, bien porque en principio fueron contratados como mercenarios, después obligados a formar como *auxilia*, bien porque entraron en colisión con las legiones para proteger sus territorios de los conquistadores. Por estos motivos estaban al tanto, en este caso concreto, de las honras fúnebres que se ofrecían a militares caídos ilustres. Y atraídos por la ostentación marcial desplegada, siempre presuponiendo honras fúnebres nativas, tal vez adoptaron para sus generales, según sus circunstancias, parte del componente externo, añadiéndolo al propio. A continuación he aquí los anunciados textos de Apiano y Diodoro acerca de las honras fúnebres dedicadas a Viriato, en Lusitania, en el año 139 a.C.: Apiano (*Iber.*, 71): «*El cadáver de Viriato, magníficamente vestido fue quemado en una altísima pira; se inmolaron muchas víctimas, mientras que los soldados, tanto los de a pie como los de a caballo corrían formados alrededor con sus armas y cantando sus glorias al modo bárbaro, y no se apartaron de allí hasta que el fuego fue extinguido. Terminado el funeral, celebraron combates singulares sobre su túmulo...*» (traduc. A. Schulten). Diodoro (33.21): «*El cadáver de Viriato fue honrado magníficamente y con espléndidos funerales. Hicieron combatir ante su túmulo doscientas parejas, honrando así su eximia fortaleza...*» (traduc. A. Schulten). Con respecto a estas honras fúnebres al autor de la fuente documental utilizada por Livio le llamó la atención un aspecto de las mismas, el relativo a las actitudes de los lusitanos corriendo y cantando formados, aspecto que es muy semejante al referido por el mismo Livio (25.17.4), cuando describiendo los acontecimientos entre cartagineses y romanos durante los años 214-212 a.C., hace alusión a un funeral organizado por Aníbal: «*Otros dicen que Aníbal hizo elevar una pira a la entrada de su campamento; que el ejér-*

cito desfiló en formación; que los españoles (mercenarios) ejecutaron sus danzas típicas con los acostumbrados movimientos de armas y cueros». Las danzas son las características de los hispanos, probablemente de fortísimo ritmo y ágiles movimientos, que secundarían blandiendo las armas, entrechocándolas con el escudo, y como no, cantando; en resumen danzas específicamente autóctonas, diametralmente opuestas a los disciplinados movimientos de homenaje a los muertos de las legiones romanas o de las tropas regulares cartaginesas.

Algunos de los testimonios que reafirman la antigüedad e indigenismo de las luchas rituales fúnebres peninsulares, a base de infantes o jinetes, son los siguientes: el enfrentamiento de dos guerreros en un vaso de San Miguel de Liria (Valencia) se ha interpretado como un combate de gladiadores³². Las esculturas de *Ilici* (Elche, Alicante), con cronología situada en la segunda mitad del s. V a.C., posiblemente pertenecían a un *heroon*, e indicarían que en tiempo tan temprano existían entre los iberos combates fúnebres, cuyo reflejo sería la escultura de aquél³⁴. También en el *heroon* de *Obulco*, datado en la segunda mitad del siglo V a.C., hay escenas que pudieran estar recordando los combates desarrollados durante los funerales de la persona a la que estaba dedicado el monumento. En estas escenas participan, entre otros componentes, jinetes —uno descabalgando de la montura—, soldados heridos o muertos, pugilistas, cazadores, sacerdotes y sacerdotisas³⁵. Otro *heroon*, de Huelma (Jaén), datado en el s. IV a.C., igualmente iba decorado con esculturas de guerreros³⁶. En *Urso* (Osuna, Sevilla), se construyó un

³² Sobre los combates de gladiadores en la Hispania prerromana, véase: Blázquez (1999), pp. 341-362; id. (2001), pp. 315-323.

³³ Pericot (1979), figs. 198-199.

³⁴ García y Bellido (1980), p. 43, figs. 52-54. Una de las esculturas (fig. 55) pudiera ser la imagen de la diosa Perséfone, lo que daría un carácter funerario al grupo. Luzón, León (1996), p. 248, figs. 42-43. Blech (2001), lám. 220.

³⁵ González Navarrete (1987), pp. 29-46, 48-52, 53-101. Blázquez (1992), pp. 399-408. Luzón, León (1996), pp. 548-566, 623, lám. 222c. Todas las esculturas, como las de la mayor parte de los cementerios del área de cultura ibérica están intencionadamente destruidas, con seña. Según uno de nosotros (J.M. Blázquez) dicha destrucción no se debe a luchas de carácter social, no documentadas ni en Sicilia, antes de finales del s. II a.C. (Blázquez (1977), pp. 89-102), ni a un cambio de religiosidad, del que no hay pruebas, sino a las continuas luchas de unas tribus contra otras, de las que escribe Estrabón (3.4.5), y a las permanentes incursiones de saqueo de lusitanos y celtíberos sobre Turdetania y levante, citadas continuamente en las fuentes (Blázquez (1974), pp. 191-215; id. (1991), pp. 189-195).

³⁶ Molinos et al. (1998), pp. 267-277.

heroon en el s. III a.C., adornado con relieves de lucha, damas ofreciendo libaciones, y un aulista³⁷. Al respecto de los músicos piénsese que en estos rituales bélicos, lo mismo que en otros de otras características, constituían un factor indispensable. Así pues, si las ceremonias se plasman en escultura, relieve o pintura, han de mostrarse con la mayor propiedad permitida por el soporte, por lo que, como no, estarían presentes los músicos; de hecho así es, tanto en el citado *heroon* de *Urso*, como entre otros lugares, por citar alguno más, en las escenas pintadas de *Paestum*; o en una tumba de Capua, datada a finales del s. IV a.C., o a comienzos del siguiente, en la que una bailarina toca los crótalos, mientras que otra muchacha toca el aulé³⁸; o sobre los vasos rituales de San Miguel de Liria; y abundando, en una procesión fúnebre, cuyo cortejo abre un enano, en la que participan cinco guerreros armados con lanzas, cubierto el cuerpo por escudos de *La Tène* II, y la cara con máscaras, hay un tocador de lira y otro de aulé, el cuadro pertenece a un vaso cerámico, con cronología del s. IV a.C., hallado en un enterramiento de la necrópolis de El Cigarralejo (Mula, Murcia).

En los cementerios iberos, como constituyente de las honras fúnebres, o mejor como parte de la concepción de la tumba como monumento de dedicación al difunto, o por otras motivaciones, hay en algún que otro enterramiento: esculturas de jinetes, véanse las dos que coronaban sendos túmulos en la necrópolis de Los Villares (Albacete), fechados a comienzos del s. V a.C.³⁹; o el relieve de los tres jinetes, que decoran un cipo rectangular, datado en el s. IV a.C., de la necrópolis de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia)⁴⁰; incluso se halló en la tumba de una de las necrópolis de *Castulo*, El Estacar de Robarinas (Linares, Jaén), fechada entre finales del s. V y mediados del s. IV a.C., el posible «retrato» de la persona enterrada, reflejado, finamente inciso, en una placa de pizarra⁴¹. También hay hombres y mujeres, en pie o sentados, formando parte de escenas o en solitario: en el primer caso se cuenta en el monumento de Pozo Moro (Albacete), en relieve, un sol-

³⁷ García y Bellido (1963), figs. 472-487; id., (1980), pp. 58, 64-72 fig. 64. Blech (2001), p. 627, fig. 235, láms. 225, 226.

³⁸ Benassi (2001), pp. 26-29.

³⁹ J. J. Blázquez (1994), pp. 91-97, figs. 66-76. AA.VV. (1998), pp. 133, 181, n. 208. Blech (2001), pp. 416-448, 612-613, fig. 186, lám. 207.

⁴⁰ Blázquez (1992), pp. 452-458. García Cano (1994), pp. 173-201; id., (1997), pp. 263-270, láms. 49-59. AA.VV. (1998), pp. 205-206. Blech (2001), pp. 628-629, fig. 254, lám. 227.

⁴¹ Blázquez, Remesal (1979): pp. 374-376, fig. 375, láms. XLVIII-XLIX.

dado, a pie, cubierto con casco empenachado y protegido con *caetra*⁴²; en el segundo destacamos la escultura de una dama con espejo sobre el pecho, hallada en Cehegín (Murcia)⁴³. Los espejos están plasmados en alguna que otra figuración más, como el que porta en la mano derecha un mujer ricamente vestida y enojada de una tumba de Cumas, la escena se completa con una muchacha que se dirige a ella ofreciéndole un *kalathos* y un alabastrón, y en el fondo se representaron cuatro granadas. A. Maiuri⁴⁴ propone la idea de que la difunta, iniciada en los misterios dionisiacos que se celebraban en Cumas, como en Pompeya y en otros sitios de Campania, se embelleció para las bodas con Hades en el reino de Perséfone; la presencia de las granadas aportan un ambiente a toda la composición relacionado con el Más Allá. Espejos aparecen en la Península Ibérica, como, por señalar algunos, el de bronce de la tumba nº 17 (al parecer de inhumación) de la necrópolis de La Joya (Huelva)⁴⁵, según sus excavadores con cronología posterior al s. VII a.C. o en todo caso de fines de esta centuria⁴⁶; o los incisos en la piedra de las estelas del suroeste, datadas de forma imprecisa alrededor de los ss. IX-VI a.C.⁴⁷ Parece que el espejo y su uso lo introdujeron los fenicios en Occidente como bien suntuario excepcional, y el posible carácter funerario del mismo, además de su expresada condición de bien suntuario, pudo venir dado por múltiples alternativas de carácter sim-

⁴² Almagro Gorbea (1983), p. 288, lám. 23b. Blech (2001), pp. 616-618, lám. 213b. Al respecto de jinetes o infantes asociados a sepulturas, uno de nosotros (J.M. Blázquez) piensa que se hallan heroizados, y que la dicha heroización es muy probablemente de influjo griego, ya atestiguada en estelas áticas arcaicas, Richter (1961) admite la heroización. J.M. Blázquez también cree que no se puede hablar entre las tribus de la Península Ibérica de reyes divinizados ni de monarquías divinas, como escribe Caro Baroja (1971), pp. 53-159, pues no se documentan, por citar algunas culturas, ni en Italia, ni en Grecia en épocas arcaica y clásica, ni en Israel. En Grecia la divinización de los monarcas está atestiguada con Alejandro Magno o poco antes (Blázquez (2004), con Demetrio Poliorcetes y con su padre Antígono (Plu., *Dem.*, 10) (Blázquez (2000), pp. 134-150; id., (2003), pp. 252-305).

⁴³ Griñó (1992), p. 198, fig. 2.

⁴⁴ (1953), pp. 22-23. Benassi (2001), pp. 166-168, fig. 179, también en Capua (Benassi (2001), p. 157, fig. 171).

⁴⁵ Garrido, Orta (1978), pp. 91-92, 182, fig. 60, láms. XLVII-XLVIII.

⁴⁶ Garrido, Orta (1978), p. 210.

⁴⁷ Blázquez (1992), pp.161-182. Barceló (1989), pp. 189-208. En dos estelas de Marash, de finales del s. VIII a.C., o de comienzos del siguiente, se documentan espejos (Akurgal (1962), lám. 139.; id. (1966), p. 132, lám. 26; p. 133, lám. 28. Bittel (1976), p. 275, figs. 315, 317).

bólico, alegórico, por ejemplo por el reflejo en su superficie pulida de la imagen mortal.

En los cementerios, muy numerosos, de las dos mesetas, sobre los enterramientos no existen elementos plásticos alusivos a la persona o personas sepultadas en cada uno —hay un mayor aniconismo entre los pueblos de etnia indoeuropea—; aún así han sido halladas estelas —Lara de los Infantes, Clunia (Burgos); Calaceite (Teruel), etc.—, sin un ambiente muy determinado, pero que pudieron ser levantadas en necrópolis, o bien en lugares especiales establecidos por los rituales de las tribus de sus propietarios. En las estelas, mediante bajorrelieve, aparecen hombres a caballo, a veces con escudero, con varias *caetrae* alrededor, o lanzas hincadas en el suelo, tal vez alusivas a los enemigos muertos o capturados por el figurado⁴⁸.

Y finalizamos, concretamente en la plástica surgen infantes y jinetes enfrentados, o infantes y jinetes en solitario, músicos, sacerdotes, cazadores, sí, pero en cambio no hay testimonio claro de la existencia de competiciones de carros. Entre la escultura de *Obulco* si es verdad que se cuentan los restos de un carro, pero se carece de elementos de juicio suficientes como para afirmar otra cosa que su propia existencia, aunque por la pertenencia a un monumento funerario ya implica su relación con la realidad de ultratumba de la persona a la que fue dedicado el *heroon*, decorado con una serie abigarrada de escenas muy variadas. Físicamente carros sí han sido hallados en alguna que otra tumba, pertenecientes, evidentemente, a las clases sociales más privilegiadas de la sociedad hispana, más concretamente de la ibera, que podrían dar lugar a interpretaciones simbólicas o en su caso cósmicas. En Toya (Peal de Becerro, Jaén), se depositó un carro a la entrada de la tumba, ésta fechada en el s. IV a.C.⁴⁹ Uno de nosotros (J.M. Blázquez) sostiene que el carro hallado en la tumba nº 17⁵⁰, y otro posible a través éste de escasos restos, hallado en la tumba nº 18 (al parecer de incineración), de la necrópolis de La Joya⁵¹, serían carros fúnebres para portear el cadáver del difunto, como el de la tumba etrusca de Regolini Galassi, del s. VIII a.C. Sea como fuere estos carros en las tumbas forman parte del ajuar, que ya es bastante, y no sabemos si están atestiguando competiciones

⁴⁸ Como ejemplo cfr. García y Bellido (1949), pp. 371-375, láms. 268-270, n. 375.

⁴⁹ Cabré (1925), pp. 90-93, figs. 22-23. Fernández-Miranda, Olmos (1986).

⁵⁰ Garrido, Orta (1978), pp.63-84, 112, 167-171, figs.33-49, láms., XLIX-LVIII, LXIV-LXVII, LXXII.

⁵¹ Garrido, Orta (1978), pp. 124-128.

funerarias, fueron el medio de transporte del difunto a la tumba, o son el reflejo material de creencias más complejas, hasta posibles nuevos descubrimientos queda la incertidumbre. En el supuesto de que denotaran competiciones, los carros, que pudieron pertenecer al difunto, desde luego sí a su familia, participarían con otros en las dichas competiciones, amortizándose luego como el resto del ajuar. Más o menos, pero eso sí de una forma u otra ahí están como testimonio manifiesto, por una parte de que el difunto necesitaba el carro allí donde sus creencias de ultratumba le situaban, cómo y por qué no es posible saberlo, y por otra parte del fuerte poder adquisitivo de unos deudos que enterraban un bien tan importante como puede ser un carro, sea de transporte, de parada, de guerra, de carreras.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. (1998): *Die Iberer*, Bonn.
- Almagro Gorbea, M. (1983): «Pozo Moro. El monumento orientalizante, su contexto socio-cultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica», *MM* 24, pp. 177-293.
- Akurgal, E. (1962): *L'arte degli ittiti*, Val di Pisa.
- (1966): *Orient et Occident. La naissance de l'art grec*, Paris.
- Barceló, J. A. (1989): *Tartesos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell.
- Benassi, R. (2001): *La pittura dei campani e dei samniti*, Roma.
- Bianchi Bandinelli, R., Giuliano, A. (1974): *Los etruscos y la Italia anterior a Roma*, Madrid.
- Bittel, K. (1976): *Los hititas*, Madrid.
- Blázquez, J. J. (1994): «Primeras aportaciones arqueológicas sobre la cronología de la escultura ibérica», *Homenaje a J.M. Blázquez*, II, pp. 91-97.
- Blázquez, J. M. (1974): *La romanización*, Madrid.
- (1977): «Las revueltas de esclavos en Sicilia», *Actas del Coloquio 1977. Estructuras sociales durante la Antigüedad. Memorias de Historia Antigua I*, pp. 80-102.
- (1991): *Religiones en la España Antigua*, Madrid.
- (1992): *Fenicios, griegos y cartagineses en Occidente*, Madrid.
- (1999): *Mitos, dioses, héroes en el Mediterráneo antiguo*, Madrid.
- (2000): «Alejandro Magno. Hombre y mito», *Alejandro Magno*, eds. J. Alvar, J.M. Blázquez, pp. 134-150.

- Blázquez, J. M. (2001): *Religiones, ritos y creencias funerarias de la Hispania prerromana*, Madrid.
- (2001-2002): «El vaso de los guerreros de El Cigarralejo (Mula, Murcia)», *Studia E. Cuadrado. An. Murcia* 16-17.
- (2003): *El Mediterráneo y España en la Antigüedad*, Madrid.
- (2004): «Monarquías divinas. Religiosidad ibera y religión mediterránea. Algunos aspectos de la religión Ibera», *II Congreso Internacional de Historia Antigua*, Valladolid (en prensa).
- Blázquez, J. M., Remesal, J. (1979): «La necrópolis del Estacar de Robarinas», J.M. Blázquez, Castulo II, *EAE* 105, pp. 347-395.
- Blech, M. (2001): *Hispania Antiqua. Denkmäler der Frühzeit*, Maguncia.
- Cabré, J. (1925): «El sepulcro de Toya», *AEEA* 1, pp. 90-93.
- Caro Baroja, J. (1971): *Estudios sobre la España antigua*, Madrid.
- Fernández-Miranda, M., Olmos, R. (1989): *Las ruedas de Toya y el origen del carro en la Península Ibérica*, Madrid.
- García y Bellido, A. (1949): *Esculturas romanas de España y Portugal*, Madrid.
- (1963): *Historia de España I.3. España primitiva. La historia prerromana*, Madrid.
- (1980): *Arte Ibérico en España*, Madrid.
- García Cano, J. M. (1994): «El pilar estela de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia)», *REIb* 1, pp. 173-201.
- (1997): *Las necrópolis ibéricas de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia). I. Las excavaciones y estudio analítico de los materiales*, Murcia.
- Garrido, J. P., Orta, E. M. (1978): Excavaciones en la necrópolis de «La Joya», Huelva. II. (3ª, 4ª y 5ª campañas), *EAE* 96, Madrid.
- González Navarrete, J. A. (1987): *Esculturas ibéricas del Cerro Blanco, Porcuna, Jaén*, Jaén.
- Griñó, B. de (1992), *La sociedad ibérica a través de la imagen*, Madrid.
- Karageorghis, V. (2000), *Ancient art from Cyprus. The Cesnola Collection in the Metropolitan Museum of Art*, Nueva York.
- Luzón, J. M., León, P. (1996): *Antonio Blanco Freijeiro. Opera minora selecta*, Sevilla.
- Maiuri, A. (1953): *La peinture romaine*, Ginebra.
- Molinos, M., at al. (1998): *El santuario heroico de «El Pajarillo» (Huelma, Jaén)*, Jaén.

- Pastor, M. (2003): «El gladiador romano», *En Grecia y Roma: las gentes y sus cosas*, eds. J.M. García González, A. Pociña Pérez, pp. 253-276 Granada.
- Pericot, L. (1979): *Cerámica ibérica*, Barcelona.
- Pollit, J. J. (1989), *Arte helenístico*, Madrid.
- Pontrandolfo, A., Rouveret, G. (1992): *Le tombe dipinte di Paestum*, Módena.
- Reyt, F. de (1934): *Charum démon etrusque de la morte*, Bruselas.
- Steingräber, St. (1985): *Catalogo ragionato della pittura etrusca*, Milán.